

El Otro Realismo

José Paradiso/Nicolás Comini

Los episodios que se suceden en Ucrania han dado pie a titulares previsibles que mencionan un retorno de la Guerra Fría. En realidad no puede retornar lo que nunca se fue. Desde los años noventa, contrariando la interpretación convencional, venimos sosteniendo que la guerra fría no ha concluido, que el derrumbe del célebre muro y la posterior disolución de la Unión Soviética (URSS) solo cerró una etapa: la correspondiente a la confrontación entre dos superpotencias que se mostraban como adalides de dos modos de organización económica y social. El fin de esa etapa, sin embargo, no echó por tierra otros factores que se mantienen activos desde fines de la Segunda Guerra, en particular el “sistema de guerra” que rige gran parte de los comportamientos de Estados Unidos y que hoy -como ayer- se nutre de la presencia de enemigos, reales o imaginarios.

La expansión de "sistema" se iría alimentando del proceso de surgimiento y consolidación en la potencia americana de un sistema bélico –que es mucho más que el complejo militar-industrial- empeñado desde entonces en militarizar gran parte de sus acciones mediante una definición del interés de alcance global. Y cuando se sostiene que es mucho más que el complejo militar-industrial es porque el mismo implica tanto elementos *hard* - infraestructura humana, material y de intereses- como *soft* -símbolos, y rituales, ideas y teorías, hábitos profundamente arraigados y representaciones de amenazas, imaginarios colectivos, valores y actitudes-. De esa forma, se constituye sobre la base de un complejo engranaje que lo sustenta y que abarca desde lo militar, económico y financiero hasta el cine, la música y los videojuegos.

Dicho esto, debe reconocerse que cada vez que durante los años que median entre 1948 y 1985 se habló del fin de la guerra fría –algo que sucedió en múltiples ocasiones-, hubo quienes argumentaron que la condición para que esa afirmación pudiera hacerse efectiva era que Moscú permitiera la “descolonización” de la parte de Europa sobre la que hacía sentir su control. Lo mismo se sostuvo cuando desde 1985 Gorbachov puso en marcha su política de

reforma y liberalización y adoptó medidas de desarme unilateral. Nadie mencionó que el recíproco de la liberalización de Europa Oriental debía ser sino la desaparición, al menos la reducción del peso y la gravitación del sistema de guerra estadounidense. Para el conjunto de intereses, ideologías y comportamientos que este último promulga, el clima de guerra, sea esta fría o caliente, preventiva o reactiva, es su medio natural, la condición de su existencia. Avanzando sobre quienes se resisten tanto al interior como por fuera de las fronteras que define, el sistema no puede vivir sin el “resonar de tambores”, sin banderas, desfiles y juegos de guerra.

Desde 1990 hasta hoy, el músculo bélico elongó permanentemente sirviéndose, entre otras cosas, de incrementos presupuestarios, de documentos avalatorios, y de la complejización de los despliegues y de los sistemas de armas. En materia presupuestaria, las partidas destinadas al Departamento de Defensa –actualmente el mayor empleador del mundo- se irían incrementando año tras año, llegando a los \$526.6 millones de dólares en 2014, sin contar en ese total a las actividades de desarrollo de armamento nuclear que realiza el Ministerio de Energía ni los gastos de “homeland security” ni los costos de las guerras. De hecho, a ese número debe sumársele que a doce años del 11 de septiembre de 2001, los Estados Unidos han gastado, sólo en las guerras en Afganistán e Irak, cerca de un billón y medio de dólares.

Finalmente, el progresivo incremento presupuestario siempre ha sido avalado por diferentes documentos que fueron otorgando sustentabilidad argumental a tal medida, muchas veces rechazada por amplios sectores de la sociedad estadounidense. Así, un galimatías constituido de estrategias nacionales de defensa, de seguridad, de inteligencia, de transporte, de contrainsurgencia y de comunicación y diplomacia pública actuaría de herramienta de marco legal del sistema. Ese sistema también ha ido complejizando tanto las lógicas de despliegue como los sistemas de armas. En ese sentido, durante los últimos veinticinco años los antiguos despliegues militares fueron asignándole cada vez mayor importancia a los componentes civiles y a las empresas contratistas privadas. Asimismo, la modernización de los sistemas de armas ha motivado la puesta en marcha de nueva tecnología que, como los drones –vehículos aéreos no tripulados-, permite evadir los tratados internacionales y las convenciones que regulan los conflictos armados.

Además, desde 1990 hasta hoy el sistema de guerra ha ido ampliando en términos espaciales, abarcando desde la zona de Medio Oriente, hasta los Balcanes, África o el Sudeste Asiático. La idea de contención seguiría viva, esperando a quién contener. Ahora bien, los candidatos cantados serían los rivales de ayer: China y Rusia. La imagen del oso ruso con sus fauces abiertas sobre Ucrania –tal como se presenta en la tapa de una revista de gran influencia– repite las mismas representaciones de los años de la segunda postguerra sin ningún esfuerzo de originalidad. Hoy, como ayer, se reconfiguran las escuelas de quienes sitúan la responsabilidad del conflicto ucraniano en el accionar soviético, de aquellos que culpan a los Estados Unidos y de quienes, como el propio Kennan –siempre más razonables–, encuentran factores de responsabilidad en las diferentes partes involucradas.

En este marco, volver a los orígenes de la Guerra Fría y a ciertas características de la misma puede brindar más de una pista para repensar el actual escenario. Vale tomar el ejemplo de una figura a la que habitualmente se le atribuyó haber hecho mucho para que se avanzase a un escenario de confrontación, sobre todo a partir de 1947: George Kennan, el célebre autor de un “largo telegrama” destinado a alertar a las autoridades de Washington sobre las características del régimen soviético y a aconsejarles cómo actuar ante Moscú. Kennan no fue un revisionista ni un liberal progresista, solo alguien que, en toda la regla, terminó dando testimonio –a lo largo de sus 101 años– de vida del sistema de guerra estadounidense y mostrando la lógica de su funcionamiento en orden a la competencia con el Kremlin. Se trataba, según sus palabras, “de curar a Washington de un optimismo ingenuo”.

En su famoso telegrama Kennan reconocía el síndrome de asedio de las autoridades soviéticas –alimentado por la oscura figura de Stalin– y su tendencia a utilizar esa amenaza como pretexto para ocultar muchas de las debilidades económicas y sociales del régimen, pero descartaba que este tuviera propósitos de expansión militar: “En esa época –decía– nunca se me ocurrió que cualquiera de estos problemas pudiera o necesitara resolverse mediante la guerra. Ese peligro no existía. Los rusos estaban profundamente hastiados de la guerra.

Tenían la urgente necesidad de reconstruir su economía devastada por la guerra. Nadie que hubiera conocido la guerra como ellos lo hicieron en esos últimos años podía desear repetir la experiencia”. Según su opinión, debía restaurarse la vida económica y la autoconfianza de los países europeos y cuando esto se hubiera logrado y quedara en evidencia la imposibilidad para Moscú de proyectar sobre ellos su influencia “habría llegado el momento de negociaciones encaminadas a la evacuación militar del continente de parte de las fuerzas soviética y estadounidense”. En su visión debía contemplarse la opción de la neutralización de Europa.

Debe decirse, que no era el único que veía las cosas de este modo. En un Informe de 1947 elaborado por una treintena de personalidades estadounidenses coordinadas por Hanson Baldwin y al que se lo tituló “El Precio del Poder” se intentaría demostrar que Estados Unidos no tenía más remedio que hacerse cargo de la situación de poder en que le había colocado la Guerra. Al referirse a la actitud ante la URSS, el Informe se acercaba mucho a la visión de Kennan, pues propiciaba una respuesta política descartando propósitos militares por parte de Moscú. “No necesitamos guerra. Debemos trabajar específicamente contra la guerra con Rusia. No hay otra guerra a la vista. No tenemos por delante una amenaza militar”, sostenía aquel documento. Finalizaba advirtiendo sobre el problema que representaba la vigencia de gastos militares excesivos, dado que, desde su perspectiva, ellos no solo afectaban la economía sino que alentaban las carreras armamentistas y un excesivo involucramiento de los militares en el Gobierno: “(p)ermitírseles influir sin dominar y ocupar un lugar estrictamente circunscripto”. Después de todo, concluye el Informe, “la mentalidad militar piensa, aún en democracia, en términos de guerra”.

Ahora bien, que el propósito de Kennan no fuera propiciar la respuesta militar no lo exime de responsabilidad por la política que terminó prevaleciendo, contrariando, según proclamaría una y otra vez a lo largo de su extensa vida, el núcleo central de su argumentación. Resulta interesante observar que de sus explicaciones surge que la opción militar se impuso en virtud de dos estímulos: el proveniente del creciente papel de las fuerzas armadas en las decisiones; y aquel motivado por las apelaciones de los dirigentes europeos que -antes que el auxilio económico y lejos de admitir que el continente fuera desmilitarizado

y convertido en parte de una tercera fuerza- pusieron el acento en la amenaza proveniente del Este y dieron un empuje decisivo a la conformación de la alianza militar transatlántica.

Si el “largo telegrama” de 1946 fue una pieza fundamental de la campaña –a la postre fallida- para encauzar las cada vez más tensas relaciones entre los aliados de la Guerra, el Informe que en 1949 elevó al Secretario de Estado Dean Acheson a raíz de la encuesta en curso sobre la construcción de una bomba de hidrógeno, terminó siendo el segundo eslabón –igualmente frustrado- de aquel empeño. Por entonces Kennan se desempeñaba como Director de Planeamiento Político de dicho Departamento y expuso sus ideas, que serían, en general, las del resto de su vida, respecto de las armas nucleares. Además de deplorar su misma existencia, recomendaba tenerlas sólo como un elemento disuasivo, así como nunca tomar la iniciativa de uso y procurar algún tipo de control internacional sobre las mismas. Decepcionado por el nulo eco de sus recomendaciones y la decisión oficial de construir el nuevo ingenio, se alejó del cargo para iniciar sus apelaciones, desde sedes universitarias, destinadas a alertar sobre el tremendo peligro que comportaba el despliegue nuclear y sugerir posturas para una relación menos riesgosa con la URSS.

Su visión excesivamente parcial del desempeño internacional de su país -característica de la combinación de negacionismo, incredulidad por el multilateralismo, pesimismo respecto de la naturaleza del hombre y la vida internacional y autovaloración propias de la cultura política estadounidense-, le impediría ir demasiado lejos en la identificación de las raíces de una militarización que, no obstante todo lo dicho, no dejaría de denunciar. Esa militarización no sería resultado, como Kennan parecía creer, del accionar de una coalición entre una minoría con fuerte compromiso de derecha, encargados del presupuesto de defensa y estrategias nucleares “que siempre están a la búsqueda de un adversario”, sino que emergería de factores más profundos y de largo plazo. De todos modos, reconocía que “un cierto espectáculo de vigilancia alerta ante un supuesto peligro externo parece tener un lugar indispensable en la personalidad política de los Estados Unidos”.

En un artículo escrito ya avanzados los años noventa, Kennan reflexionaba, siempre con intenciones prescriptivas, acerca de la futura evolución de la “nueva” Rusia. Le interesaba en

particular su relación con los países ahora vecinos de Europa Central y Oriental que habían accedido a la independencia como consecuencia del desmembramiento de la ex URSS. Un caso al que prestaba especial atención era el de Ucrania, dado que auguraba la dinamización de una “relación muy intrincada y llena de trampas peligrosas, entre otras cosas, porque grandes porciones de ese país, que incluye regiones como Crimea y donde viven millones de personas que por larguísimo tiempo habían sido rusas por idioma, tradición y carácter”. Sostenía Kennan que los temores de ciertos círculos occidentales respecto de las actitudes de Moscú, en el sentido de una renovada búsqueda de influencia, no parecían justificadas y no observaba ningún cambio visible en el compromiso ruso con una Ucrania independiente, advirtiendo que la única eventualidad que podría alterar esta situación, sea para Ucrania o para cualquiera de los nuevos países, sería que se avanzara hacia una asociación militar con otra gran potencia o grupo de potencias.

Como ocurriera tantas veces en el pasado, las advertencias y sugerencias de Kennan no se habrían de tener en cuenta. No es que hayan faltado algunas voces prevenidas destinadas en pedir más prudencia, pero la lógica del Sistema De Guerra, bien alimentada por aquellos que, como decía el mismo Kennan, “tienen por misión hallar enemigos”. El propio John Mearsheimer, un crudo realista ofensivo, condenaría la actitud de la administración Obama y de la Unión Europea hacia Ucrania, culpándolos de haber jugado un rol clave en la precipitación del conflicto, principalmente luego del anuncio de 2008 acerca de la incorporación de ese país y de Georgia –actores claves para la geopolítica rusa- a la OTAN. Este tipo de perspectiva no evitaría, sin embargo, que los miembros del sistema siguieran obrando. Y allí estaría el inefable Zbigniew Brzezinski diseñando planes globales para mantener la primacía, y allí también la Secretaria Adjunta del Departamento de Estado, Victoria Nuland, exhibiéndose casi ostentadamente en las manifestaciones desestabilizadoras de Kiev. Para uno y para la otra la imagen del retorno de Rusia a la arena internacional –tal como se pusiera de manifiesto en la crisis siria contribuyendo a frenar la escalada bélica- o el desafío que importa el asilo al experto informático que pusiera al descubierto las acciones de la CIA, son suficientes como para “ir a las cosas”, tanto en el plano conceptual como en la práctica. Así como Rocky peleaba contra Iván Drago en lo que parecía una batalla entre el capitalismo y el comunismo –o entre el bien el mal- o como el boina verde de operaciones

especiales se infiltraba en una base militar soviética en “Rush'n Attack”, en 2013 Bruce Wills viaja a la corrupta y peligrosa Moscú para la última “Duro de Matar” y en el “Call of Duty: Modern Warfare 2” de 2009, Alexei Borodin se lanza a la caza de un grupo terrorista ruso. El sistema de guerra, con sus estrategias, sus sistemas de armas cada vez más sofisticadas, sus series televisivas y sus desfiles, como lo demuestra el caso ucraniano, parece reedificar al enemigo ruso frente a la figura del halcón Putin que con su accionar, hay que decirlo, bastante hace para alimentar esa imagen.

De todo lo hasta aquí expuesto se desprende que, así como Kennan terminaría suscribiendo a la tesis que promulgaba que la Guerra Fría emergía y se agudizaba producto de los "mutuos malentendidos" -que a su vez alimentaban al sistema de guerra y la escalada bélica-, los recientes acontecimientos en Ucrania parecen explicitar dinámicas similares, de una lógica recurrente. Mucho tiempo atrás Kennan sostuvo "(c)ada una de las malas interpretaciones preparaba el escenario para la siguiente. Y con cada una de ellas la rivalidad militar de los hacedores de la política de ambos lados se fortaleció e incrementó". Para él, siempre había sido difícil –y lo seguiría siendo- tratar con los gobiernos rusos, pero esta definición era, en realidad, parte de una lectura más amplia que Kennan hacía del sistema internacional, según la cual, "(c)ada gobierno es, en algunos sentidos, un problema para los demás gobiernos” y en donde "no hay relaciones internacionales entre estados soberanos que carezcan de elementos de antagonismo, de aspectos de competencia".

Desde esta perspectiva, Estados Unidos, como parte de aquel sistema, se convertía en co-responsable de la profundización del cisma con Rusia. De hecho, aún desde el punto de vista de este realista conservador -que supiera ser denostado por los estudiantes y docentes de Princeton en 1968-, no había "nada más egocéntrico que una democracia en lucha". "*Su enemigo*", decía, "se trueca en la encarnación del mal". En cambio, su propio bando "concentra todas las virtudes". "Ir a decirles a otros cómo deben ser gobernados sobre la base de *nuestras ideas*, es desde luego tan ultrajante e inaceptable de acuerdo con los principios usuales del derecho internacional como la invasión al territorio de un país", argumentaba.

Tener en cuenta la continuidad transformada de estos procesos que han sido mencionados a lo largo de estas páginas para abordar los episodios que transcurren en Ucrania, respaldaría nuestra prevención respecto de la interpretación convencional acerca del fin de la Guerra Fría.